

acto de amor, á fin de que yo vaya á veros cara á cara en el paraíso, en donde os amaré sin particion y sin interrupcion con todas mis fuerzas y por toda la eternidad. ¡Oh Madre de mi Dios! rogad por mí. *Amen.*

## CAPÍTULO XII.

### *De la crucifixion de Jesús.*

1. Hemos llegado ya á la crucifixion, al último tormento que da la muerte á Jesucristo: hemos llegado al Calvario, que es el teatro del amor divino, al Calvario en donde todo un Dios pierde la vida sumergido en un océano de dolores. Habiendo, pues, el Señor llegado con mucha pena á la cima del monte, se le arrancan por tercera vez con violencia los vestidos apegados á sus sangrientas llagas, y le arrojan sobre la cruz<sup>1</sup>. El divino Cordero se tiende en este lecho de dolor, presenta á los verdugos sus manos y sus piés para ser clavados, y levantando los ojos al cielo, ofrece á su Padre el gran sacrificio de su vida por la salud de los hombres. Estando ya clavada una mano, los nervios se encogieron, y fue necesario, como se le reveló á santa Brigida, que se estirase violentamente con cordeles la otra, así como tambien los piés,

<sup>1</sup> Et postquam venerunt in locum qui vocatur Calvariae, ibi crucifixerunt eum. (*Luc. xxiii, 33*).

hasta el lugar de los clavos, por cuya causa los nervios y las venas se dilataron y rompieron con un dolor espantoso <sup>1</sup>. Así lo dice la revelacion. Por manera que se le podian contar todos los huesos, como David lo habia ya predicho <sup>2</sup>.

¡ Ah Jesús mio! ¿ por quién fueron clavadas vuestras manos y vuestros piés en ese madero, si no es por el amor que habeis tenido á los hombres? Con los dolores de vuestras manos taladradas quisisteis expiar los pecados que los hombres han cometido por el tacto; y con los dolores de vuestros piés quisisteis expiar todos los pasos que nosotros hemos dado para ir á ofenderos. ¡ Oh amor mio crucificado! bendecidme con esas manos traspasadas. Clavad á vuestros piés este mi corazon ingrato, á fin de que no se aleje ya mas de Vos. Quede ligada para siempre á vuestra cruz, permanezca inmoble delante de vuestro amor, esta mi voluntad que tantas veces se ha rebelado contra Vos. Haced que nada

<sup>1</sup> Manus et pedes cum fune trahebant ad loca clavorum, ita ut nervi et venae extenderentur et rumperentur.

<sup>2</sup> Foderunt manus meas et pedes meos, dinumeraverunt omnia ossa mea. (*Psalm. XXI, 18*).

me afecte ya sino vuestro amor y el deseo de agradaros. Aunque suspendido de ese madero, yo os reconozco por Señor del mundo, por verdadero Hijo de Dios y Salvador de los hombres. Por compasion, Jesús mio, no me abandoneis en toda mi vida, y especialmente en el artículo de mi muerte. En esta última agonía, en este último combate contra Lucifer, asistidme Vos mismo y ayudadme á morir en vuestro amor. Yo os amo, ¡ oh amor mio crucificado! yo os amo con todo mi corazon.

2. Dice san Agustin que no hay muerte mas cruel que la muerte de la cruz <sup>1</sup>, porque, como observa santo Tomás, los crucificados tienen agujereados los piés y las manos, miembros que, componiéndose todos ellos de nervios, de músculos y de venas, son extremamente sensibles al dolor; y porque el mismo peso del cuerpo pendiente hace que el dolor sea continuado, y vaya sin cesar aumentándose hasta la muerte. Mas los dolores de Jesús sobrepujaron todavía á todos los dolores de otros; porque segun dice el Doctor angé-

<sup>1</sup> Pejus non fuit in genere mortium. (*Tract. XXXVI in Joan.*).

lico, el cuerpo de Jesucristo, estando perfectamente constituido, tenia tanta mas vivacidad y mas sensibilidad para el dolor, cuanto que su cuerpo le habia sido preparado por el Espíritu Santo de intento para padecer, como lo habia predicho el mismo Salvador, y como lo atestigua el Apóstol <sup>1</sup>. Dice tambien santo Tomás que Jesucristo quiso experimentar un dolor tan grande, que fuera capaz de satisfacer las penas que merecian temporalmente los pecados de todos los hombres. Refiere Tippoli que en la crucifixion le fueron dados veinte y tres martillazos en las manos, y treinta y seis en los piés.

Alma mia, mira á tu Señor, mira tu vida suspendida en este madero <sup>2</sup>. Mirale sobre este madero infame, que pendiente de aquellos crueles garfios, no encuentra postura ni reposo. Unas veces se apoya sobre las manos, otras sobre los piés; mas en todas partes el dolor se aumenta y llega á ser insoportable. Vuelve su cabeza dolorosa ya de un lado, ya de otro; si la deja caer sobre el pecho, las

<sup>1</sup> Corpus autem aptasti mihi. (*Hebr. x, 5*).

<sup>2</sup> Et erit vita tua quasi pendens ante te. (*Deut. xxviii, 66*).

manos cansadas del peso se le rasgan mas; si la inclina sobre los hombros, estos son heridos por las espinas; si la apoya sobre la cruz, las espinas penetran mas adentro en la cabeza. ¡Ah Jesús mio, cuán cruel y cuán amarga es la muerte que Vos sufrís!

Redentor mio crucificado, yo os adoro sobre ese trono de ignominia y de dolor. Escrito veo en esa cruz que Vos sois rey: Jesús nazareno, rey de los judíos <sup>1</sup>. Mas, fuera de esta inscripcion puesta por menosprecio, ¿qué otra señal me dais de que Vos sois rey? ¡Ah! ¡que estas manos clavadas, que esta cabeza coronada de espinas, que este trono de dolor, que estas carnes rasgadas os dan bien á conocer por rey, pero rey de amor! Yo me acerco, pues, humillado y enternecido, para besar vuestros sagrados piés taladrados por mi amor; yo abrazo esta cruz sobre la cual, hecho víctima de amor y de obediencia, habeis querido sacrificaros por mí á la divina Justicia <sup>2</sup>. ¡Oh venturosa obediencia que nos has conseguido el perdon de nuestros pecados!

<sup>1</sup> Jesus Nazarenius, rex Judaeorum. (*Joan. xix, 19*).

<sup>2</sup> Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (*Philip. ii, 8*).

¡Ay! ¿qué sería de mí, ó Salvador mio, si Vos no hubiérais pagado por mí? Yo os lo agradezco, amor mio, y por los méritos de esta sublime obediencia os pido me otorgueis la gracia de obedecer en todo á la voluntad de Dios. Yo no deseo el paraíso sino para poder amaros siempre y con todas mis fuerzas.

3. Ved aquí el Rey del cielo que, suspendido de este madero, se va ya muriendo en él. Preguntémosle, pues, con el Profeta: Decidme, Jesús mio, ¿qué son estas llagas que están en medio de vuestras manos<sup>1</sup>? El abad Ruperto responde por Jesús: Estas son las prendas, dice el Salvador, del grande amor que os tengo: son el precio con que os he librado de las manos de vuestros enemigos y de la muerte eterna<sup>2</sup>. Ama, pues ¡oh alma fiel! ama á tu Dios que tanto te ha amado; y si alguna vez dudas de su amor, mira, dice santo Tomás de Villanueva, mira esta cruz, estos dolores y esta muerte cruel que ha padecido por tí: tales son los testigos que te harán comprender bien cuánto te ama tu

<sup>1</sup> Quid sunt plagae istae in medio manuum tuarum? (Zach. XIII, 6).

<sup>2</sup> Sunt monumenta caritatis, pretia redemptionis.

Redentor<sup>1</sup>. San Bernardo añade que la cruz, y cada una de las llagas de Jesús, publican cuán sinceramente nos amó<sup>2</sup>.

¡Oh Jesús mio, cómo puedo yo veros padeciendo y entristecido! ¡Ah! ¡qué harto motivo teneis para estarlo al pensar que Vos sufrís hasta morir de dolor en esa cruz, y que despues de esto no habrá mas que un corto número de almas que os amarán! ¡Oh Dios! ¡cuántos corazones aun de los que os están consagrados, ó no os aman, ó si os aman es demasiado poco! ¡Ah hermosa llama del amor! tú que consumaste la vida de un Dios sobre la cruz, consúmame tambien á mí, consuma todas las afecciones desarregladas que viven en mi corazon, y haz que en toda mi vida yo no ame ni suspire sino por este Dios tan amante que ha querido, siendo víctima de tantos suplicios, perder la vida por mi amor sobre un infame madero. Dulce Jesús mio, yo quiero amaros siempre, y no quiero amar sino solo á Vos, á Vos solo, á Vos solo, mi amor, mi Dios, mi todo.

<sup>1</sup> Testis crux, testes dolores, testis amara mors quam pro te sustinuit. (Conc. 3).

<sup>2</sup> Clamat crux, clamat vulnus quod ipse vere dilexit.

4. Vuestros ojos verán á vuestro Preceptor <sup>1</sup>. Habíase prometido á los hombres que verian con sus propios ojos á su divino Maestro. Toda la vida de Jesús fue un continuo ejemplo y una escuela consumada de perfeccion: mas en ninguna otra parte nos enseña mejor que desde la cátedra de la cruz las mas bellas virtudes. ¡Oh! y ¡cómo desde aquí nos enseña la paciencia, especialmente en las enfermedades, puesto que en la cruz sufría Jesús con la paciencia mas perfecta los dolores de su acerbísima muerte! Desde aquí nos enseña tambien con su ejemplo una entera sumision á las órdenes del cielo, una perfecta resignacion á la voluntad de Dios; y sobre todo nos enseña cómo se le debe amar. El P. Pablo Señeri, el jóven, escribia á una de sus penitentes, que al pié de su Crucifijo estaban escritas estas palabras: *Ved aquí cómo se ama.*

*Ved aquí cómo se ama*, parece decirnos á todos el Salvador mismo desde lo alto de la cruz, cuando por no sufrir alguna pena abandonamos las obras que le son agradables, y

<sup>1</sup> Erunt oculi tui videntes praeceptorem tuum. (*Isai.* xxx, 20).

llegamos algunas veces hasta renunciar á su gracia y á su amor. Por su parte, él nos ha amado hasta la muerte, y no ha descendido de la cruz sino despues de haber dejado en ella la vida. ¡Ah, Jesús mio! Vos me habeis amado hasta la muerte; hasta la muerte quiero yo tambien amaros. Hasta aquí os he ofendido y hecho traicion muchas veces; vengaos de mí, Señor, pero sea con una venganza de ternura y de amor. Dadme un tan grande dolor de mis pecados, que yo viva siempre contrito y afligido por los disgustos que os he causado. ¡Ah! ¿qué mayor desgracia pudiera sucederme que la de desagradaros, ó mi Dios, mi Redentor, mi esperanza, mi tesoro, mi todo?

5. Y yo, si fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí. Pues bien, esto lo decia para indicar de qué muerte habia de morir <sup>1</sup>. Jesucristo anuncia que cuando hubiere sido elevado sobre la cruz, él atraeria por sus méritos, por su ejemplo, y por la fuerza de

<sup>1</sup> Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum. Hoc autem dicebat significans qua morte esset moriturus. (*Joan.* xii, 32).

su amor, los afectos de todas las almas<sup>1</sup>, según el comentario de Cornelio Alápide. San Pedro Damiano asegura lo mismo: Luego que el Señor fue suspendido en la cruz, dice, lo atrajo todo hácia sí por los vínculos del amor<sup>2</sup>. ¿Quién, pues, añade Cornelio, no amará á Jesús muriendo por nuestro amor<sup>3</sup>? Ved ¡oh almas rescatadas! nos dice la Iglesia, ved á vuestro Redentor en esta cruz, donde todo en él respira amor y todo nos convida á amarle: la cabeza inclinada para darnos el ósculo de la paz, los brazos extendidos para abrazarnos, el corazón abierto para amarnos<sup>4</sup>.

¡Ah, mi amabilísimo Jesús! ¿cómo ha podido seros tan amada mi alma, previendo las injurias que habíais de recibir de mí? Para cautivar mi corazón Vos quisísteis darme las

<sup>1</sup> Omnes mundi gentes ad amorem sui merito suo et amore. (*In Joan. xii, 30*).

<sup>2</sup> Dominus mox ut in cruce pependit, omnes ad se per amoris desiderium traxit. (*De Invent. cruc.*).

<sup>3</sup> Quis enim Christum ex amore pro nobis morientem non redamet? (*De Invent. cruc.*).

<sup>4</sup> Omnis figura ejus amorem spirat et ad redamandum provocat, caput inclinatum ad osculandum, manus expansae ad amplexandum, pectus apertum ad diligendum. (*S. Aug. in Resp. 1 noct. off. Dolor. B. Virg.*)

pruebas mas extraordinarias de amor. Venid, pues, azotes, espinas, clavos y cruz, que atormentásteis el sagrado cuerpo de mi Maestro, venid á herirme el corazón. Recordadme siempre que todo cuanto bien he recibido, y todo cuanto espero recibir, me ha venido por los méritos de su pasión. ¡Oh Maestro del amor! los demás maestros enseñan con palabras, pero Vos en ese lecho del amor enseñáis con padecimientos: otros enseñan por interés, y Vos solo por afecto, no queriendo otra recompensa que mi salvación. Salvadme, pues, amor mio, y que mi salvación sea la gracia de amaros siempre y de agradaros; el amaros es mi vida.

6. Entre tanto que Jesús estaba muriendo en la cruz de dolor, los hombres no cesaban de atormentarle con vituperios y blasfemias. Unos le decían: Á otros hizo salvos, y no puede salvarse á sí mismo<sup>1</sup>. Otros: Si es rey de Israel, que descienda ahora de la cruz<sup>2</sup>. Y Jesús, mientras ellos así le insultan

<sup>1</sup> Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere. (*Marc. xv, 31*).

<sup>2</sup> Si Rex Israël est, descendat nunc de cruce. (*Math. xxvii, 32*).

¿qué hace desde lo alto de la cruz? ¿Pide por ventura al Padre eterno que los castigue? No, sino que los perdone<sup>1</sup>. Si, dice santo Tomás, para mostrar el inmenso amor que tenia á los hombres, el Salvador pidió perdón á Dios hasta por sus mismos verdugos<sup>2</sup>. Lo pide y lo obtiene; en tanto grado que despues de haberle visto espirar, muchos de ellos se arrepintieron de sus pecados. Volvíanse de allí golpeándose los pechos<sup>3</sup>.

¡Ah mi dulce Salvador! héme aquí ya á vuestros piés; yo he sido uno de vuestros mas ingratos perseguidores, pedid tambien por mí á vuestro Padre que me perdone. Es verdad que los judíos y los verdugos al crucificaros no sabian lo que hacian, al paso que yo sabia muy bien que pecando ofendia á un Dios crucificado y muerto por mí. Mas tambien vuestra sangre y vuestra muerte me han merecido la misericordia divina. No puedo

<sup>1</sup> Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (Luc. xxiii, 34).

<sup>2</sup> Ad ostendendam abundantiam caritatis suae... veniam pro persecutoribus postulavit. (III part. quæst 47, art. 4, ad 1).

<sup>3</sup> Revertébantur percutientes pectora sua. (Lucae, xxiii, 48).

yo dudar de mi perdon viéndoos morir para alcanzármelo. ¡Ah, Redentor mio! yo ós lo suplico, miradme ahora mismo con aquellos ojos amorosos con que me mirásteis al morir por mí en la cruz; miradme y perdonadme todas las ingratitudes con que he correspondido á vuestro amor. Me arrepiento ya, ó Jesús mio, de haberos menospreciado.

Yo os amo de todo mi corazon, y en consideracion á vuestro ejemplo, amo tambien por vuestro amor á todos los que me han ofendido; les deseo toda suerte de bienes, y me propongo servirles y socorrerles en cuanto pudiere por amor vuestro, Señor, que habeis querido morir por mí, aunque tanto os he ofendido.

7. *Memento mei*. Acordaos de mí, os decia desde la cruz el buen Ladrón, y mereció oír de vuestra boca aquella respuesta tan consoladora: Hoy estarás conmigo en el paraíso<sup>1</sup>.

Acordaos de mí, os diré yo tambien, acordaos de mí, Señor, que soy una de vuestras amadas ovejas por las que habeis dado vuestra vida. Consoladme tambien á mí hacién-

<sup>1</sup> Hodie mecum eris in paradiso. (Luc. xxiii, 43).

dome conocer que me perdonaréis concediéndome un gran dolor de mis pecados. ¡Oh gran Pontífice! que os sacrificásteis á Vos mismo por el amor de vuestras criaturas, tened piedad de mí; yo os sacrifico para en adelante mi voluntad, mis sentidos, mis satisfacciones y todos mis deseos. Yo creo que Vos, Jesús mio, habeis muerto crucificado por mí; os suplico que vuestra sangre divina corra tambien sobre mí; que me lave de mis pecados, que me abraze en el divino amor, y haga que yo sea todo para Vos. Os amo, Jesús mio; y deseo morir crucificado por Vos, que habeis muerto crucificado por mí.

Padre eterno, os he ofendido; pero ved aquí á vuestro Hijo que, clavado en este madero, satisface por mí con el sacrificio de su vida divina que os ofrece. Os ofrezco sus merecimientos que son todos míos, puesto que él me los ha dado; y por el amor de este Hijo os conjuro tengais piedad de mí. La mayor misericordia que os ruego querais hacerme, es que me concedais vuestra gracia, la que tantas veces yo miserable pecador he voluntariamente menospreciado. Me arrepiento

de haberos ultrajado, y os amo; sí, os amo, mi Dios, mi todo, y para agradaros estoy dispuesto á sufrir toda suerte de males, bajo cualquier forma que se presenten, el oprobio, el dolor, la pobreza y la muerte.